LA FIESTA

POR

RICARDO DOMENECH

"Porque mi tierra no es mía... El camino que llevo es a la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida."

(MIGUEL DE CERVANTES: *"Rinconete y Cortadillo"*)

I

Esta vereda conduce a Casas de San José. Primero hay que doblar un corcovo a la derecha y luego otro a la izquierda. Después hay que repechar como cosa de media hora. La tierra es seca y arcillosa. En lontananza se divisa una hilera de olmos y más tarde un otero, a cuyo aprisco es fácil encontrar algún pastor con su horda de merinos. Pasado el otero, el camino se bifurca. Entonces hay que tomar el ramal de la derecha. Es abrupto, muy irregular, con surcos de carretas muy profundos, con sirle de ovejas a alguno de sus lados, de trecho en trecho, y con muchas piedras que dificultan sobremanera su tránsito.

Sin embargo, la jaca trotaba bien por aquí. Hacía restallar los cascabeles en la madrugada y cimbreaba todo el cuerpo, ajustado por las cinchas, con arrogancia de hembra. Era una jaca de buena estampa, graciosamente enjaezada. Y sus ojos eran grandes, rasgados, negrísimos, pensativos.

El caballista —zahones de color oscuro y sombrero de paja— espoleaba con fruición y el animal redoblaba el galope. Y los cascabeles sonaban más breves, pero con mayor algarabía. Y las cintas multicolores, que adornaban las crines y el rabo, bailaban al viento.

De improviso, el caballista tiró de las bridas y la jaca pegó un brinco y detuvo la marcha. El caballista se aupó en el arzón y escudriñó con los ojos. En el camino, minimizado por la distancia, avizoró un carro que iba en su misma dirección. A esa altura, la tierra tenía un color jaspeado y más adelante asomaban los zarzales. Desde allí, probablemente, pensó el caballista, se verían ya los campos de trigo, muy próximos a Casas de San José. El caballista picó espuelas y la jaca retomó el trote.

El carro ofrecía, visto de cerca, un singular aspecto. Una lona remendada y a colorines le servía de toldo y cubría toda la parte trasera, de forma que resultaba imposible ver por detrás a sus ocu-

pantes. En esta parte zaguera había una gran pancarta. En la pancarta había la siguiente inscripción, en letras gruesas, desiguales y coloradas: QUICO ROMANCES. Por lo demás, el carro era pequeño y más cercano a la vejez que a la lozanía. Si alguna rueda se montaba en una piedra o se hundía en un surco, todo él saltaba con estrépito y como a punto de desarmarse en mil pedazos.

El caballista lo alcanzó. En el pescante había un viejo y un niño. Del carro tiraba un adormilado jamelgo.

—A los buenos días —saludó el caballista.

—A los buenos días —gruñó el viejo.

El viejo llevaba una manta echada por los hombros y una boina calada hasta las cejas. Su rostro era muy moreno y surcado por infinitas arrugas. Tras las antiparras le asomaban unos ojillos minúsculos, vivaces, casi aniñados. En los labios mantenía apretada una colilla. El chaval, a su lado, tenía las riendas. No pasaría de los quince a dieciséis años y estaba tan moreno como el viejo. Muy flaco, la cabeza rapada; su vestimenta consistía en una conjunción de harapos. Su mirada era despierta, aunque, a diferencia del viejo, apretaba el sobrecejo y enseñaba un gesto taciturno y como de permanente malhumor.

El caballista detuvo su montura y, a renglón seguido, el muchacho hizo parar el jamelgo. El caballista preguntó:

—Por un casual, ¿no iréis a Casas de San José?

—Allá vamos —contestó el viejo, sin quitarse la colilla de la boca y mirándole de soslayo—, pero no es por un casual, que si vamos allí es porque ese propósito traemos.

—Yo también voy a Casas de San José —explicó el caballista—. Mañana es la Fiesta Mayor y habrá toros bravos para la corrida y mozas bravas para el baile. ¿También vais a la Fiesta vosotros?

—No a torear ni a por mozas, pero a la Fiesta vamos. Si has sabido leer en mi carro, habrás visto que yo soy Quico Romances.

—Eso he leído.

—Mis coplas y mi barraca de feria —aseguró el viejo orgullosamente— recorren todos los años esta comarca y otras muchas comarcas. Este rapaz es mi ayudante.

El muchacho miraba la jaca. La jaca se puso a piafar. El caballista propuso:

—Yo vengo de un pueblo de la sierra y este camino no lo conozco muy bien. ¿Podría seguir con vosotros hasta Casas de San José?

—Puedes hacerlo. También nosotros venimos de lejos y una nueva

compañía hará más llevadero el camino. Un poco justos iremos, pero sube al pescante.

El caballista desmontó y amarró la jaca a la trasera del carro. Luego subió al pescante y el muchacho levantó el látigo sobre el jamelgo.

—Bien estaría que por el camino me dierais a conocer alguna de vuestras coplas —dijo el caballista.

—Mal no estaría, pero eso depende —masculló el viejo.

—¿De qué depende, abuelo?

—Todo tiene su precio. De que lo pagues es de lo que depende. No son tiempos para regalar nada.

—¿Y qué valen tus coplas? —preguntó el caballista, a punto de reír.

—Con nueve reales estaremos bien pagados y tú bien servido.

El caballista contestó que estaba de acuerdo, pero el viejo repuso que había que pagar por adelantado. Entonces el caballista soltó una carcajada y se echó una mano al bolsillo del chaleco. Cuando hubo pagado el dinero que le pedían, el chaval pasó las riendas al viejo y fué dentro a buscar la guitarra. Volvió al punto y se la entregó al viejo, y éste le entregó las riendas.

—Antes de empezar, digo yo que necesitaría un buen trago de vino.

—Y también yo —añadió el muchacho, rompiendo su mutismo.

El caballista les ofreció su bota. Sintió el viejo la quemazón del tintorro en la garganta y la expresión se le animó definitivamente. Tanteó las cuerdas, muy despacio, con moroso deleite en este preparativo que para él venía a ser como una parte del rito. Los ojillos aniñados le saltaban de satisfacción.

Cuando sonaron las primeras notas de la guitarra —se mezclaban con el cascabeleo de la jaca y con el triscar de las ruedas en la tierra— el carro alcanzó la altura de los trigales, recién recolectados. Por aquí mejoraba el camino. Para llegar a Casas de San José quedaba ya poco. El sol estaba completamente fuera, grande, blondo, y su luz acompañaba el despertar de los estorninos y los jilgueros.

II

De entre los tenderetes, puestos y barracones de feria, ahora instalados uno junto a otro en la Plaza Mayor de Casas de San José, la barraca de Quico Romances no era, por cierto, lo más airoso ni lo más llamativo. Había barracas grandes y de sólida estructura, en cuyos mostradores se apiñaban juguetes para niños —pelotas de goma, muñecos, caballos de cartón, automóviles— o chucherías —regaliz, caramelos—, así como también ropas y adornos para mujeres: mantones,

blusas, pulseras, peines, peinetas. En algunas había rifles para tirar al blanco y siempre se conseguían buenos premios. Otras barracas estaban dedicadas a los aperos para el campo. Había puestos donde se vendían frutas y hortalizas. Y había vendedores ambulantes, con cestas repletas de huevos o de telas o de muñecos, y otros vendedores que tenían un gran pañuelo extendido en tierra y sobre él una cantidad ingente de plumas, lápices de colores, pendientes o sortijas.

Había de todo en la Plaza Mayor, porque hoy empezaba la Fiesta, y estas cosas no ocurren todos los días, sino una vez al año, después de la recolección, cuando en las casas hay pan y en los bolsillos dinero. Este poderoso imán atraía a la buhonería ibérica, que todos los años acudía puntual a la cita, se instalaba en esta Plaza Mayor y la ponía alegre y bulliciosa.

Y en esta plaza alegre y bulliciosa la barraca de Quico Romances estaba de más. Los maderos que la formaban se hallaban pintados de azul, pero de esa pintura sólo quedaba el recuerdo. De proporciones muy reducidas, cuantos atractivos ofrecía eran un tiro al blanco y las coplas del viejo, que ya en el lugar se sabían de memoria, a fuerza de oírselas año tras año. Lo del tiro al blanco, sin embargo, resultaba menos atractivo todavía. Tenía el viejo dos rifles de aire comprimido, con los que era poco menos que imposible disparar; por añadidura, el blanco consistía en unas delgadas cintas de papel, sujetas en sus dos extremos, pero no tensamente, sino lo suficientemente flexible como para que un balín pudiera atravesar la cinta sin romperla. Y claro está que sin romperla no había premio. Con todo, alguna vez tenía que sonar por casualidad la flauta, y para estos casos Quico Romances tenía previsto un premio que nunca iba más allá de una bolsita minúscula de caramelos. Las bolsitas de caramelos —parecían siempre las del año anterior— descansaban en anaqueles, un poco más arriba de las cintas.

Pues bien, no había posibilidad de competir con las otras barracas, que cada temporada venían remozadas y como nuevas.

Quico y su lampiño ayudante daban ahora los últimos toques en la instalación de la barraca. El viejo estaba dentro, colocando las bolsitas de caramelos en los anaqueles; lo hacía meticulosa y pacientemente, como si le encontrase gusto a esa faena. Por su parte, el muchacho, de pie sobre el mostrador, colocaba la pancarta con el nombre del amo.

Cuando Quico hubo terminado de depositar las bolsitas, dijo al muchacho:

—Vamos a comer, Cipriano, que al estómago sí que no hay que irle con coplas.

Y cogió el zurrón y de él extrajo un pedazo muy grande de pan y una cebolla. Con la navaja hizo dos partes, aparentemente iguales, pero que él sabía que no lo eran, y acto seguido alargó al muchacho la más pequeña. El muchacho agarró el pan con impaciencia y hundió en él los dientes. Por un segundo se le disipó el ceño. Quico había destapado la bota y echaba un trago.

—¿Has visto algo de particular en el pueblo? —preguntó después el viejo.

—Ir a la taberna a por vino y volver aquí no da para mucho, ¿no, amo?

—¿Nadie te ha dicho nada en la taberna?

—Decir, me han dicho que por qué volvíamos este año y que mejor haríamos en irnos al infierno. Dicen que está usted muy trabajao y que ya no sirve para esto. Pero al que lo dijo yo le menté a la madre que lo parió. Eso es todo.

A Quico se le había endurecido la expresión.

—Son decires, ¿no?

—Es lo que yo pienso, amo.

—Pero la verdad es que no nos va bien de un tiempo a esta parte, aunque otras veces sí que nos ha ido bien, y a lo mejor nos vuelve a ir bien ahora.

—Es lo que yo pienso.

Hubo un silencio, roto sólo por el masticar ruidoso.

—¿No le pudiste birlar nada al caballista? —preguntó el viejo inesperadamente.

—Ya le tengo dicho que no —contestó Cipriano sin mirarle, devorando las últimas migajas de pan.

—¿Es de verdad que no?

Lo preguntaba en un tono imperioso. Cipriano levantó la vista y la desvió en seguida. Respondió de mal humor:

—Es de verdad que no. Si así se lo tengo dicho, así es. ¿O es que le entran otra vez las desconfianzas?

Tornó el silencio. Quico liaba un cigarro con parsimonia. Cuando lo tuvo a punto, lo prendió con un encendedor de larga mecha amarilla.

—Ve a darle de comer al caballo —ordenó al muchacho a través de una bocanada de humo—, que mientras yo me quedaré al cuidado de esto.

De mala gana Cipriano fué hasta un rincón, donde estaba el morral. Lo llenó del forraje que guardaba bajo el mostrador y salió.

III

Durante la mañana, la Plaza Mayor de Casas de San José se había visto concurrida por todas las gentes del pueblo y por gentes de otros pueblos próximos que acudían al calor de la Fiesta. Los hombres recorrieron lentamente las barracas, buscando la provisión de aquellos aperos que tuvieran que necesitar para las labores de la temporada por venir. Las mujeres, buscando prendas de vestir o baratijas con las que mejor engalanar sus casas, ahora recién encaladas. Las mozas y los mozos, para conocerse y encontrar la pareja que ya siempre compartiría su destino. Los niños, para comprar regaliz, tirar al blanco o descubrir ese juguete inédito, desconocido, con el que, no obstante, soñaban desde hacía mucho tiempo.

De esta forma, la Plaza Mayor había sido un hervidero. Y como grandes burbujas se levantaba la voz mecánica de los vendedores pregonando su mercancía.

Después, cuando ya el sol estaba completamente vertical, las gentes desaparecieron con premura. El sol se espachurraba contra los toldos de los tenderetes y los barracones, y sus dueños se recogían en el interior, para sacar la cuenta de lo que habían ganado, para comer y para dormir a continuación una buena siesta. Los vendedores ambulantes guardaron sus mercancías en las cestas o en los maletines de madera, y también desaparecieron.

De esta forma, la Plaza Mayor se quedó desierta y en silencio, inundada de sol. De vez en cuando corría un poco de viento que se enroscaba en tolvaneras de tierra y de polvo.

Y bien, a pesar de los esfuerzos de Quico Romances y de Cipriano, muy pocas gentes se habían detenido ante su destartalada barraca. Y los que se detuvieron se marcharon en seguida. Uno a cada extremo, Quico y Cipriano vocearon las coplas y el tiro al blanco hasta romperse la voz. Pero ni ese tiro al blanco ni esas coplas interesaron a nadie. Por eso, porque a nadie interesaron, nadie dejó allí ni un céntimo. Y por eso, porque nadie dejó allí ni un céntimo, Quico y su ayudante se encontraban ahora tumbados en el interior de la barraca, cabizbajos, sin mirarse, sin hablarse, sin moverse, con el ceño fruncido y un gran desánimo en todo el cuerpo.

Muy cerca de Cipriano estaba la guitarra. Alargó perezoso una mano y pulsó una cuerda. El viejo protestó automáticamente:

—Deja la guitarra, Cipriano.

El chaval no hizo caso y pulsó otra cuerda.

—¡Déjala, imbécil, que la vas a romper y a ver luego qué se hace!

—Para lo que sirve... —comentó Cipriano con desdén. Y pulsó dos cuerdas. El viejo se levantó, cogió la guitarra y la colocó en otra parte.

—Peor es nada —dijo—. Y añadió:

—Por mí puedes irte cuando te dé la gana, ¿oyes? Ni me haces falta ni tengo por qué darte de comer.

—Cuando se come.

—¡Se come cuando se puede comer, y se acabó! Por mí, puedes irte.

Cipriano no respondió. En una de sus rodillas desnudas se habían detenido dos moscas. Se puso a observarlas con atención. Las dos moscas se revolcaban una sobre otra con furiosa alegría. Continuó observándolas atentamente. El viejo acariciaba la guitarra. Dijo:

—Peor es nada, peor es nada... Otras veces nos ha ido.

El muchacho alargó una mano hacia las moscas sigilosamente.

—Otro día nos puede ir bien, puede venir la suerte de cara —continuaba el viejo, más para sí que para Cipriano—. Este, sin escucharle, con extremado sigilo, brillantes los ojos de excitación, acercaba más la mano hacia las moscas, ahora inmóviles.

—Otro día nos puede ir bien. Es preciso que nos vaya bien.

Las dos moscas hicieron un leve movimiento y la mano de Cipriano, ya muy próxima a ellas, se paralizó instantáneamente. Oía hablar al viejo, pero no le escuchaba, sin duda porque sabía lo que estaba diciendo y se lo había oído decir infinitas veces. Palabras sin sentido, estúpidos lamentos —pensaba Cipriano—, que terminaban siempre igual y hoy no podrían terminar de otra forma. Pero Quico persistía en su monólogo, acaso porque necesitaba convencerse de esto que no podía creer:

—Con la suerte de cara...

Avanzó de nuevo la mano del muchacho. Las moscas tornaron a moverse, como impelidas por una oscura, mosqueril intuición, en punta las alas. De pronto alzaron el vuelo y la mano se cerró con rabia en el aire.

—Con la suerte de cara, sí... Pero hasta que eso venga hay que comer —concluyó el viejo.

Cipriano le miró ahora con expectación, porque sabía que a partir de este momento terminaban las palabras para él sin sentido y comenzaba el esquema de un plan. Veía manotear a su amo, los ojillos ex-

citados, toda su esquelética figura en tensión fervorosa, y no tomaba demasiado en cuenta las frecuentes justificaciones del viejo:

—Lo hacemos por eso, porque la suerte no viene de cara, y hasta que venga...

Afuera, en la plaza desierta, continuaba el silencio, el sol abrasador, las tolvaneras de polvo y de tierra.

IV

El viejo se había quedado muy quieto, atisbando de reojo al muchacho. Cipriano, inadvertido entre varios hombres y mujeres, parecía dispuesto a comenzar. Se encontraba al lado de un tipo muy alto, que llevaba zahones con adornos en los perniles, un chaleco de piel de carnero, una faja de color rojo, un sombrero de paja echado sobre la nuca. El individuo —un mayoral probablemente— empinaba a ratos la bota, que le colgaba de un hombro. Toda su capacidad atencional parecía magnetizada por el baile de los mozos y de las mozas, alrededor de la gran fogata, en medio de la era. Los mozos vestían zahones nuevos, camisas y fajas de colores fuertes. Las mozas lucían sus bonitos mantones bordados, de largos flecos y sus altas peinetas. Formando un cinturón en torno estaban las gentes. Unos sentados en sillas de enea, otros de pie. Las guitarras y las castañuelas rompían alegres en la noche de otoño. Y la letra de la seguidilla resonaba con el fresco vigor de su primera vez:

No mancho a naide,
aunque soy de La Mancha
no mancho a naide.
Más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.

El hombre miraba y sonreía y tornaba a empinar la bota. Tarareaba la canción entre dientes y su mirada navegaba en el turbio moho de una embriaguez satisfecha. Cipriano le estudiaba sin perder detalle de su vestimenta ni de sus gestos. Por su parte Quico atisbaba la actitud de Cipriano y de quienes se encontraban más cerca de él y, llegado el momento, pudieran descubrirlo. Mientras continuaba el rasgueo de las guitarras, el repicar augusto de las castañuelas, el baile y la voz lozana de los mozos y de las mozas:

Nido de flores.
Eres prenda bendita
donde cantan los ruiseñores
en el paseo.

La mano derecha de Cipriano ascendía sigilosamente hacia el chaleco del hombre, los dedos curvados con la misma emoción y seriedad que si el muchacho intentase cazar una pareja de moscas. Escurridizos palpaban ya el chaleco. Quico le observaba. Admiraba su agilidad, el buen tino con que hacía estas cosas. "Cipriano, Cipriano". No sabía realmente si le quería, pero sabía que estaba acostumbrado a él y que le echaría de menos el día que se separasen. Eran ya bastantes años de ir juntos. ¿Eran cinco, seis, siete? Bueno, esto no importaba demasiado. Importaba que eran años de ir juntos, años de busca, de feria en feria, de un sitio para otro, tiznados por el polvo y el sol de los caminos. Y habían compartido la misma vida: una vida incierta y a la ventura. Esto era lo que importaba.

... en el paseo.
La morena del prado
bendita sea, ¡olé!
Bendita sea.
La morena del prado.
bendita sea.

Una vez agarraron a Cipriano robando y el viejo se hizo después el desentendido e incluso prometió a los guardias civiles reprenderle con paternal severidad. Bueno, esto eran gajes del oficio —pensaba el viejo—. De seguro que el muchacho le había birlado algo al caballista esta madrugada y se lo había quedado todo. Gajes del oficio. En sus relaciones humanas figuraba, como cláusula implícitamente aceptada y practicada por ambos, esta insolidaridad permanente, este engañarse cada día el uno al otro.

Más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.

Oía la canción, pero ya no miraba a Cipriano. No miraba a nadie. Recordaba la noche en que se habían conocido. Como si lo estuviera viendo. Fué en otra fiesta y en otro pueblo. El viejo regresaba a la barraca. Estaba muy triste porque la suerte no le venía de cara y llevaba dos días sin comer, y en la taberna no quisieron fiarle un nuevo vaso de vino. Pensaba en su tristeza cuando llegó a la barraca. Introdujo la llavecita en el candado. Se dió cuenta de que las armellas estaban un poco flojas, pero no concedió a esto importancia. Entró en la barraca, a tientas, cogió el candil de aceite, prendió la mecha, dejó el candil colgado en la pared. Sintió picor en la cabeza, se quitó la boina y comenzó a rascarse. En ese momento justo descubrió que había alguien recostado en el forraje. Iluminó con el candil. Era un cuerpo de niño. Acertó a ver que era todo huesos y harapos y que

tenía el rostro canijo y macerado. Se inclinó sobre él y escuchó su respiración. Dormía como un bendito. Quico tornó a dejar el candil. Se sentó y se puso a pensar en qué es lo que debía hacer. Y no hizo nada. Estuvo toda la noche despierto, pensando en su tristeza y contemplando el sueño del chaval. Se preguntó cómo, desde dentro de la barraca, pudo éste colocar las armellas en la puerta y cómo pensaba salir de allí. Pero ni lo uno ni lo otro llegó a saberlo nunca.

A la mañana siguiente, nada más ponerse a hablar, se hicieron amigos. Comprendió Cipriano había ido allí a robar, pero debía estar tan cansado que se quedó dormido. Cipriano negó lo primero, sin embargo, hasta la saciedad. Continuaron hablando. Y, puesto que los dos estaban solos, resolvieron canjear su soledad por una vida en común. Trabajaron juntos desde entonces y recorrieron todos los pueblos y todos los caminos y vocearon el tiro al blanco y las coplas y se engañaron entre sí y engañaron a los demás y terminaron acostumbrándose el uno al otro.

No mancho a naide,
aunque soy de La Mancha
no mancho a naide.
Más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.

El viejo apenas oía la canción, como si no estuviese allí. Ahora pensaba otra vez en la tristeza de su vida. La vida incierta. La vida a la ventura. Pensaba que esta Fiesta no era para ellos, porque ellos no eran como los demás. Pensaba en los hombres, en las mujeres y en los niños que ahora sonreían. Pensaba en este tipo que parecía mayoral, satisfecho de tanto vino. Pensaba en la alegría cálida y misteriosa de las mozas y en la alegría viril de los mozos. Pensaba en su vida, en su mala suerte, en los demás, en ellos, en todo...

Ricardo Doménech.
Hermanos Miralles, 36.
MADRID.